

# PEPÍN BETANCORT EL GINECÓLOGO DE HARÍA



## El médico y cirujano asentado en Gran Canaria se enorgullece de haber traído al mundo a miles de niños

MARÍA JOSÉ LAHORA

El ginecólogo José María (Pepín) Betancort López, de 87 años de edad, 45 de ellos dedicados a su carrera profesional, se congratula de haber traído al mundo a miles de niños, entre ellos a la actual alcaldesa de Arrecife, Astrid Pérez, cuyo padre era amigo de la infancia, o a varios hijos de la familia Martínón. Natural de Haría, es el mayor de siete hermanos y el tercero de los 93 nietos de Antonio López Fontes y Mercedes Socas, sus abuelos maternos a los que recuerda con gran cariño y que originaron una nutrida saga, los López-Socas, que, según comenta, “se extiende de Haría a Cuba”. “Era mi otra madre”, comenta, en referencia a su abuela, a la que, junto a su familia, visitaba todos los veranos después de que sus padres se marcharan a Gran Canaria, cuando él contaba tres años de edad.

De carácter afable y jocoso, Pepín Betancort evoca, recitando sus propios poemas, la infancia y los veranos en el municipio norteño, donde recuerda a su abuela Mercedes, rosario en mano, en la casa familiar: “Hoy he vuelto a contemplar / las ruinas de tus paredes / fue tal mi melancolía / que me pareció escuchar / la voz de mi abuela Mercedes rezando la letanía/ y en el amplio comedor / la pena que siento es mucha / ni se come, ni se escucha /

el tic-tac de aquel reloj”. Un inmueble que, con gran pesar, tuvo que ver derruido por orden municipal, alegando que contaba con los cimientos deteriorados. La vivienda se encontraba junto a la plaza del pueblo. “Mi casa ya no es mi casa / es solo un patio desierto / ya no hay agua en el aljibe / y nada crece en el huerto / no hay burro en la gallanía / ni gallo en el gallinero / ni cabras en el corral / ni cochino en el chiquero”, recita.

Por el contrario, sonríe cuando recuerda los versos dedicados a la burra que durante su infancia le llevaba de Haría a Arrieta, en una época en la que estos animales se contaban por cientos. “La prosperidad de Haría se debe a los burros y a los camellos”, señala. Dice que, a pesar de considerarse un buen jinete, tenía siempre el cuerpo magullado de tantas veces que le tiró el asno. Otros momentos entrañables de sus días en Haría eran las excursiones a la Cueva de los Verdes, que recorría junto a sus compañeros de aventuras. Explica que, para acceder a uno de sus recovecos, había que bajar con soga: “En aquella época éramos solo tres los que bajábamos a pulso, a los demás teníamos que guindarles”, relata. Uno de esos atrevidos era Nicolás Reyes, que más tarde se convirtió en el primer guía de la Cueva.

Pepín explica también que en Haría estuvo destinado un bata-

llón, tras la Guerra Civil, de medio millar de soldados, repartidos entre la localidad norteña y Arrieta. Incluso tuvieron que hacer un barracón en el puente, aunque no se llegó a estrenar tras la marcha de los militares. De esa época recuerda también que las familias tenían que ir a buscar la carga al puente porque los camiones no podían entrar en la localidad costera. Una época en la que, a pesar de carecer de comodidades como la luz eléctrica, “era más alegre”, dice, en referencia a la juventud.

Entre risas, comenta asimismo anécdotas de sus años de estudiante en Santiago de Compostela, a donde marchó a estudiar Medicina tras concluir el bachillerato. Allí contaba con familiares que también habían estudiado Medicina, como algunos de sus tíos médicos. Los estudiantes solían meter una calavera en la maleta cuando viajaban para asustar a quien se atreviera a revisar el equipaje.

Terminó la carrera de Medicina en 1958. Buscando hacer la especialización, recaló dos años en Agaete, donde ahorró para viajar después a la maternidad provincial de Barcelona, “el mejor sitio del mundo para hacer la especialidad. Solo admitían a seis médicos al año”. Él pudo entrar gracias a la recomendación del gobernador de Barcelona, Matías Vega Guerra, que había sido presidente del Cabildo de

Gran Canaria, donde su padre, José Betancort López, ejercía de secretario. Durante su estancia en el municipio grancanario conoció a la que sería su mujer, Rosario. “Lo único bueno que conseguí allí”, dice bromeando.

Tras especializarse, regresó al Archipiélago en el año 1965 para abrir su propio despacho y trabajar en el Hospital de San Martín. En Las Palmas de Gran Canaria, Pepín y Rosario tuvieron dos hijos: Virginia y José María. Asegura el ginecólogo que a su mujer no se atrevía a atenderla, al igual que le resultaba muy difícil ser el médico de las mujeres de la familia. En sus inicios, no existían los ecógrafos y los diagnósticos los realizaba con la corneta y el doppler para escuchar los latidos del feto.

A pesar de no ejercer en Lanzarote, Pepín Betancort era muy conocido en la Isla, sobre todo por sus paisanos de Haría. Hasta su consulta de Gran Canaria viajaban asiduamente pacientes lanzaroteñas. Era conocido, además de por su profesionalidad, en lo acertado de los diagnósticos como en las intervenciones en el quirófano, por su generosidad. Tanto, que al 50 por ciento de sus visitas no le cobraba la consulta. Como gratitud, todos los veranos esas mismas pacientes le devolvían el favor llevándole a su residencia de Arrieta diversas ofrendas, principalmente de lo que daba el campo. Su

“Salvar a una persona que está grave y ver que sale adelante, tras un tratamiento adecuado, es una gran satisfacción”



Pepín Betancort sigue disfrutando de los veranos en Arrieta. Foto: Adriel Perdomo.

mujer, Rosario, bromeaba entonces diciendo que aquello parecía la Romería del Pino. Su amor por la profesión le llevaba a darlo todo por sus pacientes sin esperar nada a cambio. Comenta el caso de una paciente gitana a la que nunca cobraba. Un día se presentó en la consulta junto a su marido, que portaba una alfombra al hombro y pensó que se la iba a regalar en agradecimiento por la atención prestada. Cuál sería su sorpresa cuando el hombre le pregunta: “Oiga, ¿le interesa una alfombra barata?”.

Orgulloso, señala también que nunca llegó a tener lista de espera. En cuanto le llegaba una paciente de Lanzarote, aunque no fuera de su cupo, le solicitaba los análisis pertinentes y a la semana ya la estaba operando. “Veía a muchas pacientes diarias, llegando a la consulta de la seguridad social hasta 40 o 50 diariamente”, asegura. Su hija Virginia comenta que a su padre se le veía poco por casa, en una época en la que además los partos se atendían en el domicilio de la parturienta.

En el haber de este reputado ginecólogo se cuenta también haber atendido, hace ya 50 años,

uno de los pocos casos mundiales de embarazo abdominal con feto vivo. Comenta orgulloso que “ese niño nació vivo”. “La mujer estaba ingresada en el Hospital de San Martín y se le hizo una cesárea urgente por sufrimiento fetal. Nuestra sorpresa fue que el feto estaba en cavidad abdominal”, cuenta. Tal fue la repercusión del caso que a la semana siguiente le llegó una paciente con una situación parecida, aunque en esa ocasión el feto estaba muerto. Él mismo tuvo que intervenir a la mujer. En su opinión, “estos casos demuestran que el feto puede crecer y desarrollarse en la cavidad abdominal. ¿Podría desarrollarse en un hombre si a este se le practica una implantación de un óvulo fecundado? Es posible, aunque la probabilidad de llegar a término sería casi ínfima y el hombre se juega la vida, yo estoy convencido de que sí”.

Pepín Betancort se especializó en cáncer de mama. También prestó atención ambulatoria en Vecindario, tras rechazar formar parte de la plantilla del Materno Infantil, ante la alta demanda que ya tenía su propia consulta. A Pepín le gustaba volver una

**Este reputado ginecólogo atendió, hace ya 50 años, uno de los pocos casos mundiales de embarazo abdominal con feto vivo**

vez al año a visitar a su familia de Lanzarote, normalmente en vacaciones, para disfrutar del mar de Arrieta, aunque en otras ocasiones cambiaba los veranos en el norte de la Isla para viajar al extranjero. Recuerda un emocionante viaje al Polo Norte.

Comenta con pesar que, en sus 45 años de carrera profesional, también ha tenido que ver cómo algunos pacientes y niños no han podido salir adelante. Pero las alegrías superan con creces esos momentos. “Salvar a una persona que está grave y ver que sale adelante tras un tratamiento adecuado es una gran satisfacción”. Al respecto, recuerda el caso de una paciente a la que operó de cáncer de ovarios en estado crítico, en el filo de la navaja, y a la que pudo salvar los órganos reproductores para dar a luz un niño. Sus intervenciones quirúrgicas se cuentan también por miles, al igual que los partos, según comenta. A día de hoy, las intervenciones las realiza en la cocina, su nueva afición. “La paella me costó mucho trabajo conseguir que saliera bien y después resulta que es de lo más fácil de hacer. Teniendo las medidas, el fuego lo hace todo”, asegura.